



Ventre, 1996



Primavera sin alas

◆ Mardonio Sánchez

La tarde del 28 de julio de 1997, con el maravilloso fondo del *Intermezzo* del ilustre zacatecano Manuel M. Ponce, se escuchó por última vez, en la ya desaparecida estación radiotransmisora Estéreo Rey, el mensaje “Venga usted a admirar el vuelo de las golondrinas”. El doctor Mario González Ulloa, quien amara a la naturaleza como a la vida misma, había ligado aquel canto sublime para ofrecer una cama tibia y comida internacional en su hotel de la Exhacienda de Atlacomulco.

No imaginaba el doctor que aquella sería la última vez en que se vieran las aves que él pacientemente esperaba, y quizá nunca supo que nunca más se volverían a presentar en aquella finca de cuatrocientos años de historia.

Hasta ese año, las golondrinas viajeras arribaban a la región de Acapantzingo y Atlacomulco al principio de la época de lluvias; el primer bocado, que de hecho era la causa que las detenía para anidar en los viejos tejados que el musgo teñía de verdicolorado, eran unos pequeños insectos que en aquella estación vivían una metamorfosis y les crecían alas, los lugareños las llamábamos hormigas de San Miguel. Salían de sus laberintos subterráneos buscando abrigo en los árboles leñosos de guamuchil, mango, fresno, cacahuete y cuahuilote, donde se protegían entre las gruesas cortezas; en ese corto recorrido, parvadas de golondrinas las acosaban dejando escapar sólo las

que la madre naturaleza pedía como cuota para continuar el ciclo de vida.

Ese mismo año cientos de estos árboles fueron talados y sustituidos por *ficus benjamina* en la región circundante a la hacienda azucarera del Marqués del Valle de Oaxaca. Este árbol no presenta corteza; las inermes hormigas voladoras no encontraron refugio en ellos y sucumbieron. Al año siguiente ya no hubo hormigas con alas, tampoco hubo ya golondrinas.

Al igual que estas especies voladoras, una a una han ido desapareciendo del paisaje de la Ciudad de la Eterna Primavera. No quedan más que urracas de grotesco croar donde un día el trino de las aves era una melodía durante las horas de luz y por las noches cansadas unas dormían, mientras otras aparecían en el manto de inmaculada belleza.

El primer gran derrumbe de las aves en la época moderna apareció en 1954, cuando un ejército de hombres vestidos de uniforme beige con cascos amarillos entró a la ciudad, poblados y colonias. Venían fumigando el mortífero DDT (diclorodietiltoenueno) en la campaña contra el paludismo. Este producto, primer insecticida orgánico que conoció el mundo, está en el grupo de los llamados organoclorados, posee la propiedad de no ser degradado por el medio ambiente, ni por el metabolismo animal; su efecto residual se va acumulando en la cadena alimentaria.

◆ Premio Juegos Florales Cuernavaca 2001, Memoria Histórica



Las primeras víctimas del DDT fueron los grandes depredadores: aguilillas, quebrantahuesos, y gavilanes, que eran abundantes. Los insectos rociados eran tragados por animales del siguiente paso de la cadena alimentaria, acumulando el DDT de sus presas, en este caso, aves de corral o pájaros, que a su vez eran alimento de los grandes depredadores. El efecto del cloro se multiplicaba provocando deficiencia de calcio en los cascarones de los huevos. En pocos años la población de estas aves se redujo hasta casi extinguirse.

Antes de que aquel desastre ecológico ocurriera, era una escena común en la ciudad de Cuernavaca escuchar el chillido de los polluelos, protegidos por una gallina, acurrucarse en un rincón de los chinamiles, mientras la señora salía haciendo señas con el delantal para ahuyentar al quebrantahuesos o al gavilán y el chiquillo buscaba una piedra para cazarlo con su “charpe”.

Estragos de la autopista

En esos mismos años, en 1953 para ser exactos, se inauguró la autopista México-Acapulco, creando una barrera, o mejor dicho, separando el hábitat natural de muchas especies de aves, reptiles y roedores; en particular, el mayor daño ecológico que provocó esa línea carretera en el municipio de Cuernavaca fue en el tramo que hoy conocemos como Seguro Social-Polvorín. En este corto espacio la autopista cruza dos barrancas cuya riqueza natural era hasta entonces enorme. La contaminación por el ruido ahuyentó a miles de aves que pernoctaban y anidaban en la flora de galería de estas barrancas; al mismo tiempo, cortó el camino de muchas especies de reptiles que eran alimento de otra cadena alimentaria.

En los primeros meses de operación de esta carretera era común el desagradable espectáculo de encontrar en el asfalto a cientos de animales muertos: zorrillos, conejos, culebras, cacomixtles, tlacuaches y una gran cantidad de aves que sucumbieron en aras de la modernización.

Pero si desaparecieron los depredadores mayores, también otras aves murieron en muy poco tiempo. En la década de los 60, los plantíos de arroz, entonces llamado “palay”, se extendían hasta las propias goteras de Cuernavaca, en los campos de Chapultepec y Acapantzingo; era un espectáculo precioso ver, en la época de cosecha, a miles de tordos charreteros que zigzagueaban en el cielo azul formando figuras caprichosas de varios cientos de metros. Eran tantas aves que al pasar sobre uno se oscurecía por instantes.

Y las aves preciosas, ¿qué pasó con ellas? Los colibríes, chuparrosas o chupamirtos, como se les llamaba a esas avecillas, eran tan abundantes que se podían ver todas las épocas del año zumbando en los patios de las casas, aunque las más vistosas, “las de dos colas”, aparecían en la primavera, cuando libaban el néctar de dos plantas que han desaparecido de la región: el tulipán mexicano o arete de novia y el mirto. Resulta increíble, pero estas hermosas aves perecieron ante las creencias de los nativos, que tenían por cierto que eran de buena suerte en los amores. En los pueblos había verdaderos cazadores de colibríes que conseguían buenos dividendos vendiendo estos pájaros deshidratados como amuletos a jóvenes y señoritas y hasta a uno que otro viejo de poca suerte pero de mucha necesidad de ser amado. Había también y sobre todo en las barrancas, cuya vegetación la

llaman de galería, un ave de hermoso canto, “de cuatrocientas voces”, dijo Netzahualcoyotl: el cenzontle. Éste era muy abundante por el Salto de San Antón y en la barranca de Las Águilas en Chapultepec. Anidaba en los ahuehuetes de los canales y las barrancas donde fabricaba nidos elaborados de una vistosidad impresionante.

Desgraciadamente esta especie fue brutalmente perseguida por los traficantes de aves, aunque en aquella época no estaba prohibida dicha actividad. Esos hombres, que llegaron a ser docenas, colocaban finas redes de seda negra bajo la fronda de los árboles; en pocas horas cada uno llegaba a recolectar hasta doscientas avecitas de todas las familias y especie que habitaban en estos bosques. No es posible cuantificar la cantidad de aves que fueron comercializadas de la región tlahuica, pero sin duda fue una depredación espantosa.

El fin del invierno en Cuernavaca se anunciaba con las campanuelas moradas que se asomaban sobre los tecorrales y las florecitas chinas que nacían en los carriles, pero sobre todo porque empezaba a aparecer un extraño péndulo de paja y zacate unido apenas por un ligero nudo de las ramas de los árboles de guayaba poma, zapotes, ciruelos y sauces: las calandrias, hembras y machos trabajaban arduamente durante unos cuantos días para empollar a su descendencia, que nacía pronto en medio de un escandaloso piar que atraía la mirada de los vecinos y también de los depredadores. Pero la posición estratégica y constructiva del nido era inaccesible y así cientos de calandrias cantaban su dulce melodía hasta que el otoño aparecía tiñendo de amarillo las lomas que circundan la ciudad.

Equilibrio alado

El equilibrio alado era tal en la Eterna Primavera que las aves canoras mantenían una sinfonía eterna. Los trinos eran una plegaria sublime que sabía a maná.

Un ave muy apreciada por su intenso color rojo era el cardenal o petirrojo como ahora le llaman; los había por toda la ciudad haciendo su rito de apareamiento, que consiste en elevarse casi de manera vertical y luego descender agitando las alas frenando su caída. Estas avecillas ya han desaparecido de la ciudad y sólo se les ve esporádicamente en algunos pueblos como Tetela, Santa María y Ocotepéc. No faltaban siquiera las agoreras, un pájaro abundante que era constantemente asediado por las mujeres supersticiosas, al cual le daban poderes malignos. Era el saltapared. Esta avecilla vivía dando pequeños saltos sobre los muros de adobe donde encontraba su alimento a base de coleópteros. Se le podía encontrar en todos los pueblos de Cuernavaca.

Tampoco faltaban las de rapiña. Cuando en la capital del estado existía el llamado Mercado Viejo, en el centro histórico de la ciudad, los desperdicios e inmundicias que ahí se generaban se tiraban en la barranca de Amanalco puente abajo; la población de amates amarillos era tan grande que su sombra oscurecía el manto de agua. Estos mismos árboles eran la “casa” de los zopilotes, ahí pernoctaban y aun durante el día se veían descansando en las ramas o rapiñando los desperdicios. Cuando el flamante Centro Comercial Adolfo López Mateos fue inaugurado, ya no había desperdicios en esa zona y los zopilotes se mudaron a la barranca de las Águilas en Chapultepec, y desde ahí emprendían cada día su labor de limpieza. En 1984 se construyó el parque Chapultepec y estas



aves fueron despedidas. Al no encontrar un nuevo espacio emigraron y no se les ve más en el cielo de la Eterna Primavera.

Y qué decir de las aves de caza. Las pantanosas aguas de los arrozales de Acapantzingo eran los cotos de caza de gallaretas, gallinitas, patos de collar y patos negros; abundaban también las perdices y las chachalacas, y muchos cuernavacenses llevaban a su mesa también viandas de güilotas y tortolitas que eran un manjar.

Aunque hoy nos parezca increíble, en los pequeños pantanos que se formaban en toda la parte sur de Cuernavaca, colindante con Temixco y Jiutepec, se veían cientos o miles de garzas blancas pescando ajolotes, su alimento principal.

La cronista de Acapantzingo, María Cristina Toledano Vergara, nos describe un pasaje paradisíaco de las instalaciones que fueron durante muchos años la escuela Normal Rural de Palmira:

...En cuanto quedaron terminadas las obras todo se llenó de verdor y de color, por razón de las flores cuya belleza y fragancia llenaba de admiración y de sorpresa a cuanta gente las veía, con la presencia de las aves que parecían buscar la compañía del ser humano, todo se llenaba de alborozo, sobre todo en las primeras horas del amanecer, cuando anunciaba su presencia la aurora y se empezaban a pintar de oro las puntas de los cerros esta misma algarabía se volvía a repetir por las tardes, cuando las nubes del lado poniente, a esta hora del cansado ocaso, se vestían de rojo fuego y lentamente, poco a poco se iban apagando en suave calma. La tarde se iba adueñando de todo el campo, se iba aquietando, adormeciendo envuelto en un negro y tibio lleno de sosegada paz.

Vuelos de noche

Y también había alas nocturnas, y las había por millares, apenas se ocultaba el sol y empezaban a aparecer sobre las barrancas verdaderas manadas de murciélagos, buscando su dieta que se componía de insectos. Los recovecos y cuevas que aparecían en las paredes de las barrancas eran las guaridas de estos animales. Los más grandes criaderos se encontraban en una cueva de la colonia Amatlán, bajo el puente del Callejón del Diablo y en unas cuevas que aún existen cerca del Salto Chico.

También salía a cazar con mucho éxito la lechuza, ave muy ágil de plumaje mimetizado que anidaba en las partes más inaccesibles de las barrancas. Y la gran cacuana, ave mágica que es parte de nuestra cultura solía emitir su temerario mensaje en las ramas de los amates y ahuehuetes, porque para los cuernavacenses “cuando la cacuana canta, el indio muere”.

Y este canto servía para mantener la unidad familiar, no era tan simple salir de noche, menos aún si se vivía cerca de una barranca.

Es difícil precisar cuántas especies de aves han desaparecido de la Ciudad de la Eterna Primavera, pero en la década de los 50 se podían contabilizar unas doscientas treinta según la Asociación Civil Pronatura.

El cronista urbano Víctor Cinta Flores hace alusión en este aspecto y narra en verso:

*...Eran verdes arboledas
azul inmenso en el cielo
agua y flores en veredas
pájaros en pleno vuelo.*

Es también difícil entender que aunque existen en la ciudad una gran cantidad de asociaciones gubernamentales y civiles que se preocupan por el medio ambiente, hagan caso omiso a las aves. Acaso estamos conformes con tener una primavera sin alas.

La ciudad de las mariposas y las libelulas

“En la primavera de 1928 fuimos a pasar un fin de semana con sir Esmond Ovey, el Ministro Británico en México a su casa de Cuernavaca. Nunca olvidaré mi primera impresión de su patiecillo cubierto por una gigantesca enramada de bugambilias, una fuente de azulejos en el centro e innumerables jarros con geranios por todas partes. Se veía más allá un jardín sembrado de naranjos, en donde flotaba una mariposa blanca tan grande como un pájaro sobre muros de plumbago azul pálido...”, escribió la señora E. Morrow.

Todos los viajeros que en el siglo XIX y XX visitaron Cuernavaca y escribieron sus impresiones de esta ciudad, describen a pequeños alados y no es fortuito. Según un informe de la Environmental Protection Agency de Washington D.C. 1997: “La diversidad de la flora nativa, enriquecida con la introducida a partir de la conquista española, y últimamente a principios del siglo XX con la horticultura ornamental, atrajo y multiplicó las especies de mariposas que se reproducen en la región de Cuernavaca”.

Caminar entre los jardines públicos y privados en la década de los 50 del siglo anterior, era entrar al mundo de las mariposas. Las había de muchos colores y aun de muchas formas, libando el néctar dulce de las flores. Había las “rayaditas”,

amarillas, tornasol, naranjas y algunas de colores fluorescentes; las había con alas gigantes y otras aerodinámicas que más bien parecían pájaros con las alas en vértice; no faltaban tampoco las negras o café oscuro y las de mal agüero o de la muerte que se apostaban en el interior de las casas provocando que fueran sacadas o muertas a escobazos.

Casi al final de las lluvias, que antaño se cerraban con el mes de septiembre, los alrededores de la ciudad se llenaban de charcos, que a medida que avanzaba el otoño cambiaban de coloración, de verde a rojo. Entonces aparecían millares de mariposas amarillas que hacían que cada charco pareciera un azulejo lustroso. Al caminar por entre estos charcos las maripositas se levantaban rozando a uno y envolviéndolo en un manto amarillo. Estas avécitas vivían una corta vida hasta que las fuentes se secaban, mas aquel espectáculo era derroche de belleza natural.

Pero la mariposa grande, de la que habla la señora Morrow, esa hermosa “reina” como se le conocía, era sin duda el símbolo de la Ciudad de la Eterna Primavera. Esa alada se podía ver dentro de la ciudad y en todos sus pueblos, sus movimientos eran pausados y cadenciosos y “flotaba” de flor en flor desde las madrugadas hasta el anochecer. El pueblo de Cuernavaca se acostumbró tanto a ésta, su hermosa visitante, que era parte móvil de su paisaje cotidiano. Es una verdadera desgracia que esta mariposa, o paloma como también se le llamaba, haya desaparecido de nuestro entorno.

Con las mariposas también la ciudad se vestía de gala con sus pupas. Era tan común ver bajo la fronda de los árboles colgados unos pequeños



péndulos de seda que pomposamente llamábamos “campamochas”. Estas incubadoras mantenían los días fríos a las larvas que pronto serían mariposas. Y qué deleite era ver salir de sus capullos unos grotescos gusanos que a la vista, sin que nadie lo impidiera, en cuestión de minutos eran grandes mariposas, que comenzaban a volar tambaleantes.

Y si las mariposas eran muchas y de muchos colores, también eran abundantes los “caballitos”, como se les decía a las libélulas. Al igual que las mariposas siempre se encontraban libando la miel de las flores y con ello hacían su aporte a la continuación de las especies. Había una en especial que era tan grande y con el cuerpo tan esbelto y decorado que parecía un avión a escala, de hecho así solíamos llamarles, los aviones.

Insectos con alas

El equilibrio ecológico en la región de Cuernavaca era estable hasta hace unos años. Las cadenas alimenticias seguían el patrón natural y se desenvolvían manteniendo el control en el equilibrio energético de la evolución. El hábitat de cada especie era el óptimo y se reproducía manteniendo sus parámetros habituales. Era esto un paraíso.

Los insectos alados entonces no podían faltar. Primero o segundo nivel en la cadena alimentaria eran parte importante del equilibrio; pero además en Cuernavaca eran un espectáculo maravillosos y aun fuente de vida.

Uno de los insectos que dio a conocer a esta ciudad fue la abeja de miel. Así se le llamaba, aun

antes de que llegaran los empresarios de este dulce natural. Los cuernavacenses ya las explotaban con gran éxito. Se recolectaba la miel en “pencas” que se encontraba en troncos huecos, paredes abandonadas y colgando de las vigas de los tejados. Era una melodía oír zumbiar todo el día a estas abejas libando la miel de las miles de flores que en la ciudad y en los pueblos crecían a porfía. Un gran coleóptero que en Cuernavaca era abundante, y que hasta servía como un juguete natural para los niños de la época, era un “moyote” de hermoso vestuario iridiscente que vivía a expensas de las guayabas. Aun cuando llegó a ser una plaga que fue atacada con pesticidas y eliminada, era una verdadera joya natural. Aquel gigante animal forrado de una carcaza verde brillante se enterraba en los frutos maduros de donde los niños los sacaban para atarles un hilo en el cual los mantenían “volando” en círculos durante largas jornadas.

Pero sin duda alguna el más hermoso de los insectos voladores que había antaño en este paraíso, aparecía por las noches después de las lluvias de tarde y al final de las mismas durante el mes de octubre. Era un pequeño insecto que creaba un espectáculo de luz y fantasía: la luciérnaga. Se agrupaba por millares en la ciudad y en todos sus pueblos. Estar sentado fuera de la casa, en el patio en aquellas noches oscuras, era transportarse a las estrellas: millares de estos animales te rodeaban en la penumbra emitiendo señales de una luz verde intermitente que te hacían flotar entre un clima paradisíaco y el aroma de las flores del hule de noche y la guayaba poma.